

De la obra nefasta

La verdadera anti-España

SIN ninguna duda, Franco será exorcizado en la historia de España y en el recuerdo del pueblo...

admitido que la democracia sea posible y hasta útil para otros pueblos, pero no para el pueblo español...

Cruz y raya

Los tres líderes comunistas declarados culpables por la justicia norteamericana...

RECORDS TETRICOS

Las atrocidades de Praga no han sorprendido a nadie en Europa...

PURPURADOS BELICOSOS

La guerra de Corea no es una guerra económica y política...

Los rusos en España Y IV. - Chantaje y despojo

Por Indalecio PRIETO

La primera y gran lección que ofrecen los libros del ex embajador italiano Roberto Cantalupo...

tación Permanente de Gortes declaró sin rebozo a fines de julio último el impulso que me ha traído desde América...

Preocupaciones Bases militares en España

Por Pascual Tomás

No puede haber, y no las hay, razones morales ni humanas, ni siquiera de conveniencia...

ese error histórico. La responsabilidad será íntegramente de quienes siguen anteponiendo los intereses de clase...

Zarandajas

Hay menos lectores

parece probado que en España, bajo el francofalangismo, se lee y se estudia menos que en épocas anteriores...

Razonable intolerancia

Hace unas noches —una noche de domingo— el padre Venancio Marcos respondía en la Radio Nacional de España...

Fuera de VALIA Hablemos de bombas y explosiones atómicas y, naturalmente, de Franco

EN una de sus primeras charlas con los periodistas después de dejar de ser presidente de los Estados Unidos...

Ante las próximas elecciones generales

La situación política en Italia

Por Giuseppe Saragat

EN la primavera próxima tendrán lugar en Italia elecciones generales para la renovación del Congreso de los Diputados.

El Senado será renovado el año siguiente. No obstante estar limitada a una sola Asamblea parlamentaria, la próxima votación tendrá una importancia capital para la suerte de nuestra joven República.

Nacida del hundimiento del fascismo, mediante un plebiscito que puso en minoría a los partidarios del régimen monárquico, la República italiana está todavía lejos de lograr su estabilidad definitiva.

Las fuerzas que la han constituido emanan de las corrientes antifascistas que durante veinte años de dictadura estuvieron excluidas de la vida política. Estas fuerzas pueden ser clasificadas como sigue: comunistas, pro-comunistas, socialistas democratas, demócratas-cristianos, liberales y radicales.

Los radicales italianos, contrariamente a sus homólogos franceses, no representan sino una fuerza numéricamente modesta agrupada en el partido republicano que saca sus orígenes de la doctrina de Mazzini.

Los católicos demócratas están organizados en el potente partido denominado Democracia Cristiana. Es la expresión de la clase media y de una amplia zona del artesanado y del proletariado católico, en su mayoría femenino.

Los liberales representan el partido más avanzado de la burguesía; pero aunque se vanaglorian de una tradición ilustre, no representan más que una fuerza de añadidura.

Más completa es la posición de los partidos representativos de las clases trabajadoras: los comunistas, los socialistas

de Nenni (procomunistas) y los socialistas democratas.

El partido comunista, en el plano electoral, ocupa el segundo puesto, a continuación de los demócratas cristianos; pero por su organización y por el número de los militantes, es el partido más fuerte. Ocioso es hablar de los medios ilimitados de que dispone. Lo que la caracteriza, en comparación con los otros partidos del Occidente, es la calidad particularmente sólida de sus cuadros dirigentes. Todos han pasado una larga estancia en Moscú. Es absurdo esperar de sus principales funcionarios la menor veleidad de autonomía respecto del Kremlin. Episodios como los de Tito o de Marty son inconcebibles por el momento en el comunismo italiano. Los militantes son unos dos millones, de ellos doscientos mil a trescientos mil activistas. Los cuadros electorales de la base electoral del partido comunista italiano, evaluada hoy en cinco o seis millones, está constituida esencialmente, de un lado, por el proletariado industrial, y de otro, por una mayoría agrícola. El proletariado agrícola en Italia es singularmente numeroso; aproximadamente dos millones de personas. Sus condiciones de vida son de las más penosas.

El más grave de los problemas existentes es, un partido socialista, procomunista, cuya fuerza organizadora es grande y cuya base electoral puede ser evaluada en tres millones de electores. Un movimiento tal representa el clásico rompecabezas de los observadores extranjeros que ignoran la historia del socialismo italiano y la situación económica de la península. La explicación más corriente que se dan forma una buena parte

A los militares españoles

El general don Emilio Herrera, que a su condición de ministro de Asuntos Militares del Gobierno de la República Española en el exilio una su gran prestigio de hombre de ciencia y de militar de pulcra conducta, ha dirigido al Ejército español el siguiente manifiesto que nos complacemos en reproducir:

A LOS GENERALES, JEFES Y OFICIALES DEL EJERCITO ESPAÑOL

Por segunda vez este antiguo compañero nuestro, que no olvida nunca los lazos que le han unido a vosotros y que tiene la suerte de poder expresar con entera libertad su pensamiento, considera su deber el dirigirse a vosotros con la frente alta de quien jamás faltó a su palabra ni a sus obligaciones militares y asumiendo la entera responsabilidad de todo cuanto ya a decir.

Varios de vosotros habéis contestado a mi primera carta de hace un año, unos presentando reparos u observaciones, otros manifestándose de completo acuerdo con ella; otros aún han tenido el valor de ponerse a mis órdenes como su jefe legítimo; todos con frases de respeto y de cariño. A todos les agradezco la atención que han prestado a mis consejos, inspirados sólo en el amor a mi Patria, y no que he podido haber caído en la infamia e ignominiosa condición de agentes de un usurpador del

Un manifiesto del General Herrera

han sido seguidos por la mayoría, y la razón de esto escribo, según me habéis expuesto, en que las dificultades que se os presentan para resolver el problema cotidiano de vuestra vida no os dejan tiempo para pensar en política, sobre todo a los que no tienen la suerte de figurar en la excesiva e injustificada escala del generalato. Además, me decís, no queréis que se os hable de política. Desde luego, así lo haré por mi parte; la misión del militar no es la de ocuparse de política; es la de estar al servicio de su Patria dentro del régimen que ella haya elegido, y para él el problema esencial es el de saber si en cada momento está cumpliendo o no con su deber.

¿Cuál es la actual situación del Estado español?

Está constituido por un pueblo al que un caudillo ha liberado de un gran peligro y que, agradecido, se somete a él voluntariamente a ser gobernado por su salvador? ¿O bien el pueblo español se encuentra oprimido y sometido por la fuerza a un dictador al que repudia?

En el primer caso, los militares que servís al Caudillo cumplís con vuestro deber, puesto que él representaría la voluntad de la Nación; pero en el segundo caso, ya no sois militares que seguís la norma de vuestro deber, sino que habéis caído en la infamia e ignominiosa condición de agentes de un usurpador del

poder. Comprenderéis que el poner en claro, de un modo eufemístico, este problema que afecta directamente a vuestro honor, es mucho más importante que todas las demás preocupaciones que os pueda presentar vuestra vida diaria y que todos los partidos políticos.

No dudo de que vosotros estáis convencidos de que os encontráis en el primer caso, pero la opinión general en el resto del mundo es la contraria, y de aquí las dificultades que tropieza el actual régimen español para formar parte en las organizaciones internacionales. La reciente admisión de España en la Unesco, que os ha sido presentada como una gran victoria de vuestro régimen, es, por el contrario, la demostración más palpable del desprestigio moral e intelectual, nunca alcanzado, en que se encuentra el actual Estado español. En efecto, no se había registrado jamás en la historia de las naciones, ni ahora ocurre con ninguna otra nación más que con España, que al ser propuesta para ingresar en una organización internacional de educación, ciencia y cultura, como la Unesco, surjan violentas protestas de los centros culturales e intelectuales de las naciones más interesadas en su ingreso, de más alto nivel científico y que menos pueden ser tenidas como arrojadas calificando al actual régimen español como la negación de todos los principios básicos de aquella organización internacional y que, una vez admitida por razón de las ventajas estratégicas que ofrece su territorio pero en contra de la opinión del mundo intelectual, dimitan los miembros más prestigiosos de ella, se organicen mítines de protesta de todos los centros universitarios, escolares e intelectuales, se celebren homenajes y actos de desagravio en honor del Gobierno legal de España en el exilio como representación legítima de la cultura española y se den de baja naciones que antes pertenecían a la Unesco, todos huyendo como si en ella hubiera entrado un apesadado. El ingreso de cualquier otro país, por bajo que fuera su nivel cultural,

Las palabras de presentación que precedieron a la conferencia de Luis Araquistáin y que aparecieron en nuestro número anterior junto al comienzo del texto de la misma, fueron pronunciadas por el compañero Arsenio Jimeno.

Una circunstancia fortuita — que lamentamos — fué la causa de que no se dijese así.

Por los siniestrados de las costas del Norte

Un llamamiento a la solidaridad obrera internacional

La «Entraide Ouvrière Internationale», organismo de ayuda sostenido por la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres y por la Internacional Socialista, y al cual pertenece la Ayuda Obrera Española, ha abierto una suscripción para acudir en ayuda de los damnificados con motivo de las recientes inundaciones y tempestades.

El llamamiento que con este motivo hace la «Entraide Ouvrière Internationale» está dirigido a todas las organiza-

En Montpelier

Gran acto público

El domingo día 22 de febrero de 1953, a las 19 de la mañana, en la Sala de Conciertos del Teatro de Montpelier (Hérault).

Presidirá el compañero

Tixador

Secretario de la Sección SFIO de Montpelier

Intervendrán como oradores los compañeros

Jean Peridier

Daniel Mayer

Rodolfo Llopis

El nómada y el pirata en la historia

El pastor y el pirata fundan el Estado. Son los sujetos de la historia. El objeto, la víctima, es el ganado sedentario. Al principio, cuando los rebaños son todavía reducidos, el pastor se mueve en un territorio limitado. Pero cuando el ganado se multiplica, comienza el pastoreo trashumante. Los rebaños van a pastar en los altos prados de los montes durante el verano y en las tierras bajas durante el invierno. Yo he visto en los Pirineos de Huesca, en estos grandes rebaños de ganado lanar y bovino, que luego veía pasar por Madrid, camino de las praderas del Guadiana, donde invernan, en nuestro tiempo como hace muchos siglos. Anticipemos esto, para mejor comprender el carácter sustantivo del Estado español: durante miles de años, España ha sido fundamentalmente un país ganadero más que agrícola. El famoso Concejo de la Mesta, el Honrado Concejo de la Mesta, como la junta anual de ganaderos se titulaba, era un Estado dentro del Estado, en realidad era el Estado mismo.

Pero llega un momento en que los rebaños no se pueden mantener en un territorio circunscrito, bien porque han crecido demasiado hasta para el pastoreo trashumante, bien porque el terreno no ofrece alternativas suficientes de clima y vegetación o bien por causa de grandes sequías. El pastor trashumante se hace entonces nómada, deja la tierra nativa e irrumpe en las tierras de otros pueblos vecinos, arrasa las mieses de los campos cultivados, mata o esclaviza a los campesinos sedentarios que encuentra en su marcha y se apodera de sus mujeres. Han comenzado las grandes invasiones humanas, esas gigantescas emigraciones de pueblos pastoriles que avanzan sobre todo de las estepas del Asia central, cuna de razas dominadoras, y avanzan por el Sur de Rusia y a través de Hungría hasta Europa.

La historia ha conocido muchas de ellas, los magiares, los hunos, los tártaros, los germanos, los turcos y algunos de sus temibles capitanes, los Gengis Kahn, los Tamerlán, los Atila; pero esos torrentes humanos, incontrastables, que vienen, la mayoría, de las estepas asiáticas y de los desiertos del Asia occidental y de África, se están moviendo desde la más remota prehistoria, como lo muestran sus restos arqueológicos, su cerámica, sus armas, ya metálicas, y sus tumbas. Las ondas celtas se extienden por toda Europa y crean los Estados rudimentarios que encuentran los comerciantes fenicios y griegos en las costas y más tarde los nuevos conquistadores romanos tierras adentro.

Todos los grandes Estados han nacido de estas inundaciones raciales, el babilónico, el asirio, el hebreo, el de los bramanes en la India, el persa, el árabe, el mongólico, el tártaro, el turco, el egipcio, por obra, probablemente, de algún pueblo nómada procedente de los desiertos al Este del Nilo, como más tarde la invasión de los pastores hicsos, que dominarán el país durante cinco siglos; el dorio en Grecia, el etrusco en Italia, el árabe en Asia occidental, que luego se extenderá por el Norte de África y a España; el azteca en Méjico, el inca en el Perú, y en el África negra de nuestros días, gran laboratorio sociológico, como se la ha llamado con razón, el cafre y el zulú, cuya fase de evolución política ha comparado un filósofo-historiador alemán, Breyss, con la monarquía carolingia del siglo VIII.

Los Estados se destruyen y renacen también por las conquistas sucesivas: en España, primero la realizan los cartagineses y romanos, luego los visigodos, árabes y cristianos; en Francia, los romanos y francos; en Inglaterra los romanos, sajones, daneses y normandos, ilustres piratas estos últimos; en la India, los bramanes, los mahometanos; en China, los hunos, mongoles y manchúes; en América, los españoles, portugueses, franceses, ingleses y holandeses.

Todos esos pueblos, alternativamente invasores e invadidos, han sido siempre razas de pastores o piratas, nómadas de tierra o del mar, e descendientes suyos. El nomadismo oceánico, creador de talasocracias, Estados marítimos, es quizás el que más sobrevive en la historia. El imperio británico, gran talasocracia moderna, a nadie debe más, en sus luchas navales con el imperio español en el siglo XVI, que a Hawkins, Drake y otros eminentes piratas de su laya.

Y el método y fin en todo es el mismo: apoderarse de las tierras de los aborígenes, generalmente labradores pacíficos, y

Espana ante la idea sociológica del Estado (1)

Por Luis Araquistáin

reducirlos a esclavitud o servidumbre feudal, que viene a ser lo mismo. Al principio, roban toda la tierra; en una fase más avanzada, los invasores germanos del siglo V se quedan con dos tercios de las propiedades.

El proletariado moderno, en su mayor parte, desciende de razas vencidas y sojuzgadas. Este es, a mi juicio, un hecho evidente al que la sociología no le ha prestado aún la debida atención. Desde luego, Marx y Engels no le prestaron ninguna, por su teoría de que las clases sociales son un producto exclusivo de la mecánica económica, y dentro de esa teoría no había lugar para una interpretación racial del proletariado.

En los países europeos donde ya he vivido, muy rara vez he visto un obrero alto, rubio y de ojos azules, es decir, el tipo corriente de la última raza, la germánica, que conquistó y dominó este Continente. Casi siempre, los obreros que yo he conocido eran del tipo ibérico, pequeño, dolicocefalo, moreno, asténico, de ojos y pelo negros, probablemente de origen africano, que se extendió por una gran parte de Europa, incluso por las islas británicas y en pequeños núcleos hasta por la región escandinava; o eran braquicefalos, cabezas anchas, corpulentos, pelo y ojos castaños, de la llamada raza celta, que también se derramó por Europa en mayor escala que la ibérica.

Iberos y celtas son las razas vencidas, mejor dicho, fueron, porque en casi todos los países de la Europa occidental son ellas las que ya tienen el poder político; en Inglaterra, contra los últimos invasores, el sajón y el normando; en Francia, contra el franco, y así en el resto. No hay derrotas eternas. Los vencidos de ayer son los vencedores de hoy o de mañana. Es una ley inexorable de la historia.

A veces tarda en cumplirse, como en España. Allí iberos y celtas, los celiberos, siguen hoy bajo la férula del godo, un godo degenerado o simplemente imaginario, pero que se cree tal. Todavía nuestra lengua conserva expresiones como «hacerse de godos» o «ser godos», que quieren decir, blasonar de noble, ser de nobleza antigua. Seguramente entre los militares y falangistas que hoy ocupan el poder habrá muchos que creen descendientes de Recaredo. Pero la historia es larga, como el arte, aunque la vida individual sea corta, y todo se andará, en España lo mismo que en el resto del mundo. La duración de las restauraciones visigóticas, con sus concilios toledanos, u otras del pasado, es ilusoria.

La economía y la técnica del nomadismo

No hay superioridad de unas razas sobre otras por nacimiento. Es el clima, el medio físico, la economía adecuada al medio, y la técnica adecuada a la economía, lo que hace la diferencia, no la sangre, no la naturaleza intrínseca. El labrador primitivo es débil. Casi toda su sociedad es la familia. No tiene armas, porque sus vecinos, los otros labradores, inermes como él, no le amenazan; sobre tierra para todos. No tiene esclavos, porque no los necesita, porque para el cultivo de su módico predio le bastan sus brazos y los de sus familiares. Si no hubiera habido nómadas, la humanidad no hubiera superado la fase de la agricultura primitiva, y la mayoría de los pueblos seguirían viviendo como aún viven el aldeano vasco y muchos así en otros países, como vivían hace miles de años.

Pero el nómada revoluciona la historia. El patriarca propietario de grandes rebaños tiene todas las necesidades y todos los elementos para convertir su horda en un gran ejército de conquista. Necesita esclavos o clientes, otros pastores venidos a menos, para cuidar su siempre creciente ganado; la familia sola ya no basta. Esos esclavos y clientes serán luego soldados irresistibles.

Oppenheimer, como el oso colmenero, que, para robar la miel, destruye la colmena. El nómada descubre pronto que le tiene más cuenta ser como el abejero, el propietario del colmenar, que retira la miel sin destruir las colmenas y deja a las abejas suficiente miel para que puedan subsistir durante el invierno. En otros casos, cuando el nómada se asienta al fin en un territorio, bien porque le conviene su abundancia o porque el mar pone límite a su expansión, lo que hace es expropiar las tierras de los aborígenes, total o parcialmente.

Los bárbaros del Norte que en el siglo V invaden la Europa occidental y meridional, como ya he dicho, se incautan generalmente de dos tercios de las tierras y las reparten entre sus comilones y mensajeros. Pero no las trabajan personalmente; ellos son pastores, guerreros, ahora monarcas y grandes señores territoriales, honrados conquistadores y saqueadores que desconocen la agricultura o la desdennan como indigna de sus tradiciones pastoriles y de su nuevo rango social de advenedizos. Para eso están los vencidos, los despojados, que se convierten en siervos de la colmena. Ha comenzado el Estado feudal, superando la organización gentilicia anterior de los bárbaros, el cual, como todas las fases de los ciclos históricos, se ha repetido en diversas épocas y civilizaciones. La historia no es rectilínea, sino cíclica; cada civilización se mueve en ciclos, en círculos, cuyas fases se repiten en otras civilizaciones. La división de la historia en antigua, medieval y moderna es absurda. Cada civilización principal ha tenido su edad antigua, medieval y moderna. Así la Grecia homérica era un Estado feudal. La Abisinia de hoy y otros países de África son todavía Estados feudales, al lado de otros en ese Continente que siguen siendo Estados primitivos de conquista. El Estado español actual participa del Estado de conquista por su origen y del feudal por su ulterior constitución, con sus *corveas* o servicios sociales forzados, sus órganos corporativos (parecido en esto al Estado gremial romano que Mussolini restauró eufemísticamente en la Italia fascista) y con sus Cortes de estamentos, caricatura de nuestras Cortes medievales.

Pero de la servidumbre feudal se desprende una nueva clase, la llamada clase media. Son campesinos que se refugian en las ciudades naciendo, para dedicarse a la industria, al comercio y a las profesiones liberales. Es una clase oportunista, que unas veces se alía al monarca contra la nobleza territorial, y otras a la nobleza contra la monarquía. Es el tercer Estado, que a veces también, para afirmar sus derechos, se levanta revolucionariamente contra la Corona y la aristocracia, como en Inglaterra a mediados del siglo XVII — la primera revolución europea que con todas las de la ley ejecuta a un monarca — y en Francia a fines del siglo XVIII — la segunda revolución que decapita legalmente a un rey —. Han triunfado la clase y el Estado capitalistas.

En la sociedad capitalista se produce una nueva diferenciación de clases: el proletariado industrial. Como sus antepasados sociales el esclavo antiguo y el siervo medieval, el obrero moderno acepta también las teorías con que los filósofos y juristas de las clases dominantes explicaban y justificaban su existencia: era la voluntad divina (explicación teológica); era la ley de la naturaleza (explicación del derecho natural); era porque los hombres han nacido con cualidades distintas (explicación de los economistas burgueses). Durante mucho tiempo, como el esclavo y el siervo, creyó también que su condición social, sus largas jornadas de trabajo, sus salarios ínfimos, su inseguridad económica, su destitución sin recompensa en la vejez, no eran una injusticia, sino una «desgracia» del destino e inútil rebelarse contra él. Pero, poco a poco, otros teóricos de la historia, desde el conde de Saint-Simon hasta Marx y Engels y cien más antes y después, alumbraron en el proletariado otra idea sobre su origen y desieran en él una nueva conciencia de su personalidad social, lo que se dice su conciencia de clase. La revolución proletaria se pone en marcha, como antes la burguesa, pese a los cantos de sirena de los viejos teóricos del liberalismo y del legitimismo sociológico, predicadores de la fatalidad de las clases sociales y de los privilegios imprescriptibles de las tradicionalmente dominadoras.

Y pese también a las diatribas de las minorías selectas, como Nietzsche, que, cuando oye las reclamaciones de igualdad política y social que formula el proletariado, las condena con un burdo vituperio: las califica de una «rebelión de esclavos en la moral». Y como José Ortega y Gasset, que un poco

(1) Ver EL SOCIALISTA del 12 de febrero de 1953.

(Termina en la tercera página)